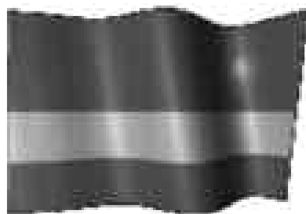


La niña extraviada



Ruanda

13 de febrero

¡Denise! —llamó su madre—. ¡Ven! La madre tomó a su pequeña hija de la mano y la introdujo a la casa.

—¿Qué pasó? —preguntó la niña de cuatro años mientras corría para mantener el paso con su madre.

—¡Los soldados! ¡Vienen en camino! ¡Debemos escondernos! La niña no comprendía las palabras de su madre, pero percibía su temor. Al acercarse a la casa la niña vio que su padre ataba un bulto.

Huyen de la muerte

Juntos, la pequeña familia corría por el camino que iba hacia el este. Otras personas se unieron a ellos, y pronto el sendero se llenó de gente que corría y lloraba. Era 1994, y millones huían por sus vidas.

Caminaron durante horas, escondiéndose en la maleza o en los pequeños bosques cuando pensaban que los soldados se acercaban. Por fin la familia llegó a la frontera de la República Democrática del Congo donde podían detenerse y descansar.

La familia se estableció en un campamento de refugiados con albergues rústicos sostenidos por estacas, o construidos de lonas de plástico que ofrecían escasa protección del sol ardiente y de la torrencial lluvia. Pero por lo menos estaban a salvo… eso pensaban.

Repentinamente sola

Un día hombres armados con cuchillos y pistolas entraron al campamento, y la gente gritó y salió huyendo. Denise corrió también, ¿pero dónde estaban mamá y papá? La niña siguió a la multitud, llamando a sus padres. Pero nadie le contestó.

Agotada, se sentó a descansar. Un hombre se ofreció llevarla en sus hombros. Se sintió segura. Pero cuando el hombre se cansó, la puso en el suelo y le dijo que lo siguiera a lo largo del camino.

De repente se oyeron disparos y gritos. Denise se escabulló en la ladera del camino y se escondió hasta que cesaron los tiroteos. Entonces se unió a los otros que buscaban seguridad. Vio a personas que yacían muertas a lo largo del camino. Entonces lo vio, el hombre que la había cargado en sus hombros. Estaba tan quieto. De alguna manera la niña comprendió que estaba muerto.

Denise siguió caminando, detrás de los demás sin detenerse. A veces llamaba a sus padres, pero nunca escuchó una respuesta. La niña encontró a una familia que le permitió quedarse con ellos a cambio de trabajo. Allí fue objeto de abuso. Huyó de la casa y encontró un orfanatorio donde podía quedarse.

Pronto escuchó que la guerra había terminado, y quería ir a su casa para encontrarse con sus padres. ¿Pero dónde queda su casa?

Un largo camino de regreso a casa

Denise se quedó en el orfanatorio hasta tener suficiente edad para irse. Entonces

comenzó la larga caminata hacia Ruanda. Dormía en los matorrales durante la noche. Mientras caminaba a menudo le preguntaba a Dios por qué la había hecho sufrir tanto. No escuchó la respuesta de Dios, pero cuando se desanimaba y le daba hambre, la gente compartía su comida con ella y recuperaba el ánimo para seguir caminando.

Una nueva familia

Por fin llegó al noroeste de Ruanda. Allí conoció a un hombre amable y a su esposa, quienes se hicieron sus amigos. Cuando ella les contó su historia, la animaron a dejar de seguir deambulando y a quedarse con ellos. La invitaron a su hogar y compartieron su comida. La trataron bien y le hablaban con amor. Le contaron acerca de Jesús y cuánto la amaba. Supo que eran adventistas del séptimo día.

La niña amaba a estas personas que deseaban ayudarla a localizar a su familia. Pero al no encontrar a ningún familiar vivo, le preguntaron si quería que la adoptaran. Ella aceptó gozosa. Por fin tenía un hogar nuevamente y alguien que la cuidara.

La pareja a menudo le hablaba de Dios. Le presentaron a Jesús, y pronto lo aceptó como su Salvador.

En busca de su familia

Pero a menudo en las noches Denise se preguntaba qué le habría pasado a su familia. Su padre adoptivo la llevó a Kigali, la capital. Le presentó al gerente de la estación de radio adventista, La Voz de la Esperanza, y allí ella contó su historia. El locutor invitó a quien supiera algo acerca de Denise que llamara a la estación.

Denise se enteró que su padre había muerto en el campamento de refugiados. Pero nunca supo lo que le había pasado a su madre. Supo que tenía otros familiares en Ruanda, y desea poder conocerlos algún día. Pero se siente dividida. Ama entrañablemente a sus padres adoptivos y al Dios que ellos le enseñaron a amar, pero también extraña a su familia biológica. Dice ella:

—Me han dado raíces espirituales y una esperanza para el futuro.

Aunque su padre terrenal está muerto, la joven sabe que su Padre celestial la ama incondicionalmente. Él fue quien la mantuvo viva mientras atravesaba varios países en busca de un hogar y una familia.

—Muchas personas murieron durante el genocidio, y sin embargo Dios me preservó —dice—. Me salvó cuando ni siquiera lo conocía, y me trajo de la muerte a una nueva vida en Jesús.

Nuestras ofrendas misioneras ayudan a traer nueva vida a aquellos que deambulan en la oscuridad del pecado. Gracias por compartir.

Cápsula informativa

☛ Ruanda es un país pequeño pero densamente poblado de África Centroriental. Kigali, su capital, tiene 656.000 habitantes.

☛ Tres cuartas partes de la población de Ruanda viven en las afueras de las ciudades en pequeñas fincas esparcidas por la región montañosa. Se cultivan principalmente batatas, frijoles, bananas, maíz, granos y árboles frutales, los cuales constituyen la principal fuente de alimentación de las familias.

☛ Dos de las etnias principales de Ruanda son los Tutsi y los Hutu. En 1994, se desató la guerra entre estos dos grupos étnicos, y casi un millón de personas murieron. Miles huyeron a campamentos de refugiados, donde se quedaron durante años antes de poder volver a sus lugares de origen.